



La conclusión de la última Conferencia de la FAO de que la mitad de los habitantes del planeta pasan hambre, es inexacta: la realidad es que el azote alcanza a las tres cuartas partes. (Vista general de la sesión de apertura de la Conferencia; el orador es el Presidente italiano, Giovanni Leone.)

gráfica. Los intentos para reducir la natalidad en el mundo del hambre han fracasado también. Se aduce la torpeza para utilizar los métodos anticonceptivos, la rémora de las religiones natalistas, la tradición familiar. En realidad es que esos países reposan todavía su economía en la abundancia de la mano de obra, a falta de industrialización y maquinaria. Los hijos no son una carga para un matrimonio; son una pequeña inversión inicial para obtener después el producto de su trabajo. No estamos demasiado lejos de los tiempos en que en Europa el trabajo infantil era corriente: suponía una mejora para los padres y una buena explotación por parte de los patronos, que pagaban menos a los niños que a los adultos (y dentro de ellos, menos a las mujeres que a los hombres). La economía de Asia, de Africa, de amplísimas zonas de América Latina, reposa todavía sobre ese concepto del trabajo familiar. Lo cual supone un círculo vicioso: la abundancia de mano de obra abarata ésta y produce el paro, que se traduce luego en un abaratamiento mayor de mano de obra por exceso de demanda. El factor de ayuda se basa también en esa mano de obra barata: la ayuda de los países ricos a los países pobres es principalmente en una penetración de capitales dedicados a la explotación de las condiciones de miseria.

El factor restante es el de la revaloración de las materias primas en los mercados internacionales. Es el que está en auge actualmente, y se ha iniciado con

los nuevos precios del petróleo. Otras materias primas han subido simultáneamente, y van a seguir subiendo. Sin embargo, ese factor tampoco beneficia directamente a los países del hambre, o les está beneficiando en un plazo muy corto. Sus nuevos precios no hacen más que sumarse a la inflación europea (y en realidad han subido precisamente por causa de esa inflación), y los países exportadores se encuentran ahora, y se van a encontrar en el futuro, con que las materias industriales que tienen que importar han multiplicado también sus precios, de manera que el beneficio llegará a quedar congelado. Por otra parte, mientras no modifiquen sus estructuras políticas y sociales, la nueva riqueza quedará en manos de las clases dominantes, y las mayorías seguirán siendo hambrientas.

No ignoran tampoco estos países que tienen encima la amenaza de una guerra antigua, de una guerra de conquista de materias primas. Ya se lo advirtió el presidente Ford en un discurso cuyos términos fueron confirmados por Kissinger: una perturbación grave de la economía mundial en razón de alzas y escasez de la energía podía desencadenar una guerra. No sería extraño que los planes para esta guerra se estuviesen elaborando ya.

El problema está definido ahora como un enfrentamiento de clases sociales. Se trata de un mejor reparto de riqueza y de pobreza. Unas clases pudientes, beneficiadas, que viven en un grupo de naciones, está explotando a una clase de menesterosos que viven en otro grupo de na-

ciones. Mientras el problema no se considere así, y no es fácil que los que dominan la opinión, la información y la política del mundo vayan a admitirlo, las soluciones no podrán aparecer o estarán

enmascaradas. Como estaban enmascaradas en esta Conferencia de Roma, que no es la primera ni la última sobre este tema, mientras el problema del hambre, lejos de disminuir, va creciendo. ■

FRANCIA

Las tribulaciones de Giscard

Los carteros y los jueces de instrucción, los ferroviarios y los empleados de la radio, el personal del transporte urbano de París, los veterinarios, los empleados del gas y la electricidad, los obreros de imprenta y los periodistas... Las huelgas en Francia se acumulan unas sobre otras. Cuando un sector cede —o bien obtiene sus reivindicaciones—, otro comienza... Es un desafío abierto entre el poder y los sindicatos. La batalla es dura y desahogada, y en ella el presidente Giscard ha perdido la máscara sonriente y renovadora, reformadora, con que realizó su campaña electoral y comenzó su gobierno. Está perdiendo terreno rápidamente. El tema esencial es la crisis económica y la manera de enfrentarse a ella. Las medidas de restricción y economía emitidas por el poder son consideradas por los sindicatos como una «manobra»: favorecen a las clases ricas, perjudican a las pobres. Los sindicatos estiman que la crisis está siendo solamente un pretexto para aplicar medidas contrarias al interés de los trabajadores.

El gobierno replica acusando a las huelgas de «políticas»: trata así de sensibilizar contra ellas a la opinión pública. Se sabe lo que ocurre con las huelgas —sobre todo, cuando alcanzan la extensión y la gravedad de las que están sucediendo en Francia— y la opinión: el ciudadano, víctima de la situación social, puede culpar a los huelguistas, pero también puede culpar al gobierno y al patronato por no ceder. En Gran Bretaña, Heath arrojó las huelgas sin ceder, creyendo que la opinión se alzaría contra los huelguistas, y se encontró con que la opinión se alzaba contra él: perdió el poder y perdió, por dos veces consecutivas, las elecciones. Los ciudadanos suelen pronunciarse contra los huelguistas cuando éstos interrumpen su bienestar; pero si son también víctimas del malestar, comparten su protesta. La diferencia entre huelgas políticas y huelgas económicas es una distinción más bien académica que real. La política y la situación económica son gemelas. Pero la acusación lanzada en Francia por el poder de que las huelgas actuales no tienen fundamento social y eco-

nómico, sino que son una preparación puramente política para resquebrajar el poder y ocuparlo (por parte de la izquierda) no parece compartida en Francia. Los partidos de la izquierda han procurado no hacer declaraciones en este sentido, y han dejado que sean los sindicatos los que dirijan la acción. Séguy, secretario general de la Confederación General del Trabajo, ha dirigido una carta abierta al presidente de la República y al presidente del patronato, emplazándole a que no politice el problema social y entre en negociaciones directas con los sindicatos. Las negociaciones, efectivamente, se llevan a cabo, pero el poder no cesa en sus intentos de politizar la huelga. El presidente Giscard, que acepta la negociación, afirma, en cambio, que su política económica contra la inflación no puede ser discutida; para los sindicatos es solamente esa política la que es causante de todo. El primer ministro, Chirac, ha pronunciado un discurso desafiante que ha tenido la virtud de enfrentarle con todos los sectores: «Un Estado democrático que organiza una sociedad libre no intenta nivelar a todos ni pretende eliminar las diferencias entre unos y otros: estas diferencias son la esencia de la vida. Los hombres son iguales, pero no idénticos. Un Estado democrático debe arbitrar entre esas diferencias de forma que salga de ellas el interés general, mientras que los intereses particulares y las solidaridades de sectores no prevalecerán contra el interés de la nación». Frases profundamente desafortunadas que han molestado a todos.

La solución es por ahora invisible. Es el problema de los regímenes presidencialistas: el presidente es responsable único, y cambiar de gobierno no le basta. Se dice que es posible que haya unas elecciones generales anticipadas. Convocadas ahora darían un triunfo rápido y fácil a la izquierda, y el presidente tendría un gobierno presidido por Mitterrand y una Asamblea Nacional dominada por la oposición; tendría que dimitir o aumentar su autoritarismo hasta puntos inverosímiles. La situación puede calificarse de muy grave. ■